

Datos y anécdotas diversas

*Vicente Llorca Zaragoza**

A Pepe Ibáñez le conocí el año de la instauración de la República en España, en 1931, cuando ambos éramos admitidos como colegiales en el Colegio Mayor Juan de Ribera situado en la localidad de Burjasot, en los alrededores de la ciudad de Valencia. En tal institución transitaban por entonces, como estudiantes, personalidades de posterior relieve científico o cultural como Pedro Laín Entralgo, el luego fiscal Santiago Chamorro, futuros psiquiatras como López Ibor y otros más. Al ingresar, en octubre, iniciamos una entrañable amistad fundada además en razones de procedencia familiar: ambos éramos originarios de la provincia de Alicante y de poblaciones próximas en la comarca de La Marina Baixa. Además, ascendientes de uno y otro, habían coincidido en las candidaturas del Partido Liberal en los principios del siglo, en la campaña electoral del año 1906, con el fin de lograr la investidura como diputado por la provincia de un joven Niceto Alcalá Zamora.

Pepe Ibáñez fue enseguida muy conocido en la Universidad de Valencia por el especial cariño que le dispensaba el Marqués de Lozoya, D. Juan de Contreras, amistad y protección académica que, sin embargo, se hicieron imposibles de mantener, personalmente, en los años siguientes por las razones de fragmentación territorial a las que nuestro país fue sometido. Recuerdo de aquellos días cómo Ibáñez centró su interés en el románico occidental de la Península desarrollando una completa descripción del complejo de Santillana del Mar, trabajo que presentaría al Premio Extraordinario de Licenciatura; pese a la defensa que hizo de él el Marqués de Lozoya no lo pudo obtener haciéndome comprender, ya entonces, la importancia de que los tribunales nombrados para juzgar los hechos académicos estuvieran siempre compuestos por personas competentes y expertas en la materia correspondiente.

José Ibáñez destacaba, por otra parte, entre todos, por su afición desmesurada a recorrer paisajes montañosos; era un verdadero andarín. Recuerdo sus consejos y advertencias para que le acompañase en la travesía de la Sierra de Aitana, macizo montañoso de nuestra provincia

* *Bibliotecario y archivero.*

natal situado a las espaldas de la localidad de Sella donde había nacido. Se trataba de hacer un recorrido que arrancaba en este pueblo para pasar sobre la sierra y alcanzar, en su vertiente oriental, en el Valle de Guadalest, el caserío donde se estableció el compositor Oscar Esplá y que los lugareños conocían como el Molí de Ondarella. Acepté finalmente ante su insistente invitación para, en plena travesía del citado macizo, en un paraje ciertamente abrupto limitado por fuertes desfiladeros, el Peñón del Divino (del Adivino), tener que renunciar. Pepe Ibáñez era, además de un andarín, un experto montañero y un buen conocedor de la naturaleza de su tierra. Tras este frustrado intento, que nunca he olvidado, así como su afición por los terrenos escarpados tan frecuentes en el interior de Alicante pese a sus reiterados intentos de implicarme en nuevas aventuras similares, reflejo sin duda de la buena amistad que siempre nos profesamos, nunca más logró convencerme para acompañarle. Era un auténtico alpinista en aquellos territorios ásperos y de secano, vocación que combinaba con una profunda memoria geográfica, amores ambos que le duraron toda su vida.

Transcurrida nuestra Guerra Civil, Pepe y yo reanudamos nuestra relación al reabrirse la Universidad de Valencia. En ella, ante la falta de profesorado, el Decano de la Facultad de Filosofía le designó como Profesor Adjunto de los Departamentos de Arqueología y Numismática por ser el más conocido de los antiguos docentes y el más solvente y experimentado para dar clase y examinar; justo antes de comenzar la guerra, en el 1936, había hecho oposiciones a Profesor de Instituto enterándose más tarde, según me dijo, que con el número 1. Pero al iniciarse el curso 1939-40, aconsejado por su amigo el Marqués de Lozoya, acudió a Madrid a incorporarse a la Comisaría de Recuperación del Patrimonio Artístico de la él era subcomisario. Estando allí se convocaron oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos e ingresó en él; pasó en comisión de servicios, pues creo que su destino era Córdoba, en la Biblioteca Nacional donde, años después, por méritos académicos, obtendría la plaza de Secretario General. A su frente hizo una magnífica labor organizando no sólo la citada Secretaría sino la mayoría de las Secciones y Departamentos del Centro, muy en especial la Cartográfica en consonancia con sus intereses geográficos ya citados. Creo recordar, y es de justicia hacerlo ahora, que mérito suyo fue también el que el famoso Códice del Mío Cid fuera adquirido por la Fundación Juan March y depositado en la Biblioteca Nacional.

A dos objetivos me recomendó mí buen amigo que dedicase todos mis esfuerzos. Uno era que concentrara mi carrera profesional en el

Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos; el otro que me decidiese a llevar a cabo el itinerario de su querida sierra de Aitana. Le hice caso en el primero pero nunca pudo acabar de convencerme para llevar a buen puerto el segundo.



José Ibáñez con SM el Rey en la biblioteca del Consejo de Estado. Foto Aulocolor



José Ibáñez con el presidente colombiano César Turbay Ayala (AECI, 1979). Foto Portillo